Carpeta 03/01

Aquellos lugares y sus huellas imborrables

Salgo al encuentro de mis huellas que aún conservo en la memoria, como calles, orillas, caminitos, arena y playas del Arroyo Ñeembucú.

Huellas que son imágenes y sonidos, que de día o de noche, recrean nuevos escenarios.

Lejanos ecos llegan hasta mí.

Son voces de la gente, las canoas en movimiento, el ruido de las aguas.

Oigo por ejemplo, que los peces saltan en el canal, y que los grillos hacen cri cri cri, entre el croar de sapos y ranas.

En las orillas del Arroyo Ñeembucú, todos cantan una perfecta sinfonía en la oscuridad.

No hay tiempo para la monotonía.

Arriba los patillos migran en perfectas bandadas.

Pasan rasgando el cielo azul, unas tras otras, como flechas lanzadas al horizonte, tardan hasta el anochecer.

Mujeres de todas las edades bajan por el caminito entre mandiyú randy, a lavar ropas en el Arroyo Ñeembucú

De entre todas ellas, -recuerdo a todas las lavanderas-, a una en especial, la sigo viendo en la memoria.

Todas esas señoras hablan recias y fuertes entre ellas.

Se ríen como si el destino y su vida misma, no les importara.

Se ríen entre ellas en la orilla de los chistes o chismes del Almacén de Barrio, que se pasan en un ñemombe'u novedoso.

"Fulanita pe pio reikuaa. Ha’e opytá hyeguasú pe mitacuñá poraité"

Todos sus días pasan solo en ese afán de... "Oipokyty, oityvyro há oipysó ma katu kuarahype aó ajeno.

Las prendas coloridas al sol, recuerdo haber visto desde el Mirador Natural frente al barranco de Don Ruperto Ramírez y Ña Manchí, extendidas en hileras por la orilla mirando hacia el este.

En cada puerto, en la playa de arena, han bajado para lavar ropas.

Muchas mujeres de todas las edades desde las calles que llegaban hasta el Arroyo Ñeembucú.

Me gustaba mirar este paisaje cromático. Una mezcla de colores, olores, rumores con el viento del este trayendo cánticos de lúgubres carayás desde el Barrio Guaraní.

Desde el Mirador Natural hoy Monumento a las Madres, la Bahía de antaño era simplemente un cuadro fantástico.

Y mi mirada llegaba muy lejos con la vista junto a mis percepciones en la piel y en todos mis sentidos

Hacia el este. Kuarahy resé, osẽháp kuarahy

Yo olía desde lejos el humo de los cigarros poguasú, que venía por el aire y trae el olor dulce y sabor amargo del tabaco.

Éstas son las imágenes, sonidos y olores que veíamos antes en las orillas del Arroyo Ñeembucú.

Barrio Obrero de antaño. Aquellos tiempos idos.

La playita de la infancia.

La esquina de la cuadra y los caminitos hacia el bajo.

¡¡Cuántas veces me bajaba y subía por el costado del patio de Don Vallejos, para pescar bagres desde la orilla.

O para jugar con la pandilla, y cuántas más, acarreando con dos baldes, para regar la huerta familiar en los tórridos veranos, un poco antes de irme a los primeros Cursos de la Secundaria.

Recuerdo en aquellos lugares los tiempos de la crecida.

Hace dìas que llueve y los raudales de las calles aledañas llegaban hasta el murito de la cuadra.

A los mitaí nos dejaban charcos de arena y agua para jugar.

Pero las aguas avanzan, y ya entran por el patio de Don Valdez, Don Zacarías, Doña Ana y Don Vallejos.

Ayala Pato es una playa cercana y nos recuerda al hombre qué hacía el cruce de la gente en su canoa con Doña Eusebia, su compañera de vida.

Ambos son una leyenda como paseros del lugar.

La gente cruzaba desde o hacia el Barrio Guaraní todos los días y los estudiantes del turno noche, tenían por seguro que siempre podían por allí pasar hacia el Barrio Guaraní donde viven.

Un poco más allá, por la misma orilla, tenemos el famoso barranco El Paí Cué.

Un barranco a pique, nombre tal vez que le fue dado por algún suceso que no recuerdo.

El Pai Cue era solo para desafío de buenos nadadores. Los más intrépidos allí se desafían para saltar y zambullir.

Recuerdo desde allá arriba los perfectos clavados en el agua al sumergirse y allá lejos salían a la superficie del torrentoso Arroyo Ñeembucú de ese tiempo.

Yendo hacia el Río Paraguay, encontramos el cruce más importante de aquellos tiempos, que une a la pujante hoy día Villa Paso, con la Av. Irala.

La Avenida como principal arteria que lleva a la antigua Terminal de Ómnibus de antes y al epicentro mismo de la zona Comercial de aquellos tiempos.

Aquel recordado Piso Cué de las carretas del Pilar de antaño.

Al norte de Villa Paso, la Ruta 4ta.

Con sus tramos de profundas huellas, de arenales y barros.

La otrora legendaria Ruta 4ta, con sus frecuentes y recordadas clausuras.

Cada uno de nosotros llevamos en la memoria algunas de esas travesías y las infaltables clausuras.

Mucha fama para seguir hilando una historia con sus particulares anécdotas.

En ese tramo del A. Ñeembucú, si o si los pasajeros de los colectivos tenían que bajarse y pasar mediante los paseros con sus canoas, que trabajaban las 24 hs, en turnos.

Recuerdo un barranco en lo alto hacia Villa Paso.

Mirando hacia el norte era a la derecha del Puente de hormigón, sólo como una referencia para que se ubiquen, porque Puente no había, allí se cavaron los canoeros un tipo cueva para refugiarse y guarecerse del frío y las lluvias, cuando las noches eran largas en la espera de pasajeros.

Recuerdo. Me tocó verlos de mitaí y compartir con ellos y fue cuando llevaba la comida a Mario, mi hno. cuando le tocaba estar de turno con "El Preferido", nuestra canoa.

La construcción del Puente de cemento, dejó a los canoeros sin trabajo.

Y la balsa de Don Lacú, que hacía cruzar los vehículos, quedó varada en el olvido.

Y un poco más allá estaba el famoso Puente Pachanga cuya cabecera Norte conectaba al Batallón 40 de esa época.

La cabecera Sur del puente Pachanga daba a los bajos del Colegio Juán XXIII, en las cercanías de La Basílica, la Plaza Mcal Lopez, el pleno Centro de Pilar, y donde se festejan las Gestas Cívicas, frente a El Cabildo.

Puente Pachanga suena a el bailarín porque ondulaba mucho al cruzar. Estuvo de servicio en la mejor época, 60, 70 y dejó tantas anécdotas que se recuerdan hasta hoy.

Y más se hace recordar cuando nos muestra sus vestigios en las bajantes del Arroyo Ñeembucú.

El Arroyo Ñeembucú siempre fue muy caudaloso antes.

Venía desde el este muy rápido y al salir del cauce formaban las playas con arenas.

La gente de antes, apreciaban esas playas donde cada calle termina comienza la playa, en la orilla.

Para refrescarse en los tórridos veranos de Dic a Enero, eran una fiesta esos encuentros en familia a orillas del Arroyo Ñeembucú.

Siendo jovencito, yo remaba muy bien también. Suave y con ritmo hacía deslizar mi canoa, dando perfectos cortes con los remos al agua.

El olor del cigarrillo negro, "Alfonso XIII", la marca, siempre me trae recuerdos de esas noches con la paciencia de los pescadores y los paseros.

Ambas figuras o profesiones para conseguir un poco de plata y estirar los días, se juntan. A veces es uno o lo otro y muchas veces más, ambos personajes, el pasero y el pescador son uno.

En el Barrio Obrero, cerca de la esquina de la cuadra, El Paú Poi continúa desafíando al progreso y al tiempo.

Permanece casi igual.

Guarda los secretos de las primeras citas, el barullo de los escueleros del San José Artesano, y era nuestra entrada y salida para ir a la Misa de los domingos.

El Paú Poi me espera, queriendo contarme, de sus tantas historias.

Hernan Benítez Denis